

Saberse ajeno

Para leer a José Balza*

María Fernanda Palacios

*Difícilmente abandona el hogar
lo que mora cerca del origen.
Hölderlin*

Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar: la escritura como signo provisional de una filiación inconmensurable. Se podría decir que este libro es el sentido de un “despertar”: pensarse, ese salto detrás de la conciencia para intuir el umbral que nos define y ubica: ser la identidad plural de ese último medio día de Agosto. Un descenso al origen: esos comienzos que creímos propios (la tierra, el padre, la casa) y que adquieren al tocarlos (pensarlos) su condición ajena: signos abiertos que asoman al abismo de lo imprevisible y lanzan al vacío definitivo de nosotros mismos.

Escribir es también tocar el comienzo inapresable de la variación que nos sustenta y habitar cerca del origen no es un fácil “quedarse” sino que implica ese difícil “abandonarse”, un arrancarse la piel hasta desconocerse (ese “aprender a hablar de sí mismo con indiferencia”) y así, tocar la zona sin transiciones donde el río desmiente sus propios bordes. Por eso, había que inventar a Praxíteles, había que operar esos desplazamientos, tenía que apropiarse de esos signos feroces: los cambios de piel, tantas ejecuciones insuficientes. Porque cada descubrimiento reafirma un yo que busca desbordarse: alcanzar algo extraño a sí mismo que lo borre. Al principio sólo hay falsificaciones, los signos pierden su pureza mientras alguien vigile sus penetraciones. No hay progreso; más bien, al final, se opera un destello: la doble caída del padre, la doble muerte, la doble revelación de lo doble: Jano y sus caras, el descentramiento que marca el ingreso al ordenamiento mítico, descubriendo la fatalidad de lo idéntico en lo múltiple.

Nuestros narradores siempre habían creído en ese espejismo de “lo propio”, en ese inútil inventario que tan sólo otorga una “nacionalidad”, otro simulacro que nada dice del verdadero origen. Pero en *Setecientas palmeras...* la palabra sabe que lo verdadero se nombra por su sombra y apunta a esas formas inconclusas de lo nuestro, esos equilibrios desiguales que van del delta a la ciudad, del niño al hombre: ese animal de cola infinita, el espesor de esos dioses sin imágenes. A diferencia de tantos otros, José siempre ha sabido que narrar es “ser otro”, que narrar es alcanzar una movilidad de compás y que toda escritura tiene un punto en que empieza a pensarse: de allí la necesidad de una reflexión que interrumpa esa pura inmanencia formal (la historia). La reflexión es esa lesión que la forma recibe para desbordarse en sentido. La piel del libro devuelve esa obsesión de saberse ajeno, porque quien habla no es “alguien” sino su imagen reflejada: la escritura como repetición del núcleo oscilante de sí mismo. Aquí, la escritura se ha visto despojada de esas máscaras de aproximación: acto y reflexión no sólo poseen igual valor, sino que el intercambio entre ambas zonas es definitivo: la vida ajena y propia carecen de cercos precisos, la vida que se inventa y la vida que se sufre son esa misma materia sin comienzo: reflejos que regresan para estremecer lo conocido. Y el acto final es la pérdida de una última garantía de estabilidad y asegura el dominio incalificable de lo imprevisible.

Saber rasgar la inmediatez de lo verbal, he allí el secreto de este libro: la recuperación del verbo, ese tono sostenido más allá de los nombres. Este libro tiene la resonancia de una palabra reticente: apuntar a otra zona para corregir la trayectoria en pleno vuelo, repetir la sabia decisión de los Beatles: “I never give you my number, I only give you my situation”: porque el signo debe permanecer abierto, porque “todo conduce a todo y siempre estoy fuera”.

“La libertad interior es la ejecución del amor”

Ese difícil tránsito: separarse de lo que fuimos (desconocerse) sin prever la próxima metamorfosis (carentes de ese otro: indefinibles). Hay que vencerse para acceder a un cierto fluir ignorante de sí; por eso el amor será siempre esa experiencia inaccesible que se disuelve en la más alta soledad: el ingreso a otros bordes nos ha sido negado, fue necesario instalar esas voces en un terreno verbal donde la descripción de algo es siempre otra

cosa. Por primera vez, entre nosotros, el amor y el erotismo, la locura y la violencia alcanzan un tratamiento subyacente que escapa a los parámetros usuales de la anécdota y la biografía, la sabana y la consigna. Todo asume sus funciones más vastas: recuperación del gesto como rito (ese difícil vencer las propias censuras). Así, el trío final opera la limpieza de esa zona que se creía perdida: el amor que se integra por fin, sin estridencias, a ese hueco griego: “ellos me crearon y entregaron a Praxíteles”. El olvido ha sido posible porque allí se consigue la textura verbal para “esa forma de existencia jamás prevista”.

Entonces todo avanza hacia nuevos bordes: el libro y la historia se encuentran con la provisionalidad de cada orilla, ese fondo sin transición que elude siempre la forma que lo invoca.

San Rafael aparece como el lugar de un sacrificio, el encuentro con la propia desaparición: zona de liquidaciones desiguales. San Rafael tiene la apertura que desmiente el proyecto inicial porque allí cada eco autónomo se ahonda en lo insondable y nos desampara ante una suerte de disociación mítica: “todo viene de más atrás, de más lejos.” Ya no es sólo San Rafael sino su resonancia, las sacudidas profundas de cada acto, esos signos ambiguos que asume siempre nuestra relación con los demás. El distanciamiento aparente, esa indiferencia que cubre cada gesto es la superficie engañosa de una fuerza interior que no logra traducirse: “el misterio de cada persona es su falsa transparencia...” y la ignorancia de lo que hemos sido, no cesa.

San Rafael y Praxíteles: huecos intercambiables, igualmente irreales, zonas abiertas para otras formas, esas donde no hay límites para ser uno mismo, seres agregativos, vértice de una dimensión que esquivo el acceso de lo real: “el punto de fusión entre ambos márgenes”.

“Qué difícil es ver el río y reconocerlo”

La asimetría es una imposición porque nada permanece y cada trazo inaugura otra proposición: ser otro es proponer otro cumplimiento y el diseño del azar burla cualquier ordenamiento, por eso, sólo la elipse puede cerrarse. Helenizar es la variante que asume aquí la búsqueda: “el despertar”: ese asumir las propias variantes para vencer los límites. Praxíteles es el polo donde una esfera va refractándose para forjar otra dimensión, equidistante de la percepción inmediata (demasiado próxima): su otra cara (su irrealidad). Así, la escritura ejecuta la proposición explícita de esa conciencia que se piensa: penetra en los hechos “silenciosamente como al descuido: para aprender a respetar sus ángulos, su profundidad”. Praxíteles ha sido el límite inmóvil que le permite borrarse, pulsar su propio vacío, perderse en ese centro (forma) que absorbe la selección de un punto único: el

“hueco griego” que acompaña simétricamente el pensarse a sí mismo, hasta volverse la oculta coincidencia de un mes en San Rafael, de la muerte y el amor...: la irrealidad que acompaña siempre ese filo donde comienza el ingreso a otros bordes “una variación del mundo inacabada y fugaz...suspicientes cristalizaciones de un sentimiento que sólo posee el vigor de un signo momentáneo”, el espejo de una dimensión imposible: el río y sus equilibrios.

Las *Setecientas palmeras...* son ese diálogo mudo entre el terror y la esperanza, la medianoche que es el mediodía hierático de Agosto, el vínculo entre el sueño que nos precede y el infinito que nos traga: es la búsqueda interminable de una ubicación a partir del desplazamiento: el rostro de una conciencia que coincide a ratos con los signos para borrarse, para volverse “esa breve incandescencia, algo que parecía traducir con su cuerpo y que queda interrumpido tal vez definitivamente secreto”.

La historia oscila sin precipitarse, retardando siempre todo punto de inicio o de cierre: ya estaba allí...demasiado cerca para ser sueño, demasiado grave para ser juego: la trascendencia de lo abstracto que desmiente la historia y el persistente contacto que destruye el concepto: sólo la interrogación persiste en el vacío:

Las *Setecientas palmeras...* son también ese río: la simetría informe del azar.

* En Armando Navarro (compilador) *José Balza: la escritura como ejercicio de la inteligencia*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Comisión de Estudios de Posgrado, 1977. pp. 208-211.

Todas las citas son tomadas de José Balza (1974). *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar*. Caracas: Síntesis Dos mil.